

Josep Grau-Garriga

Los tapices del artista catalán despliegan colores y texturas cargados de contenido emocional o político. Con su enfoque experimental, revolucionó el textil en los 70. En sus manos las telas son esculturas murales o performances reivindicativas.

Por ROCÍO LEY



Josep Grau-Garriga junto a su obra *Justice or Injustice* de 1972.
En la otra página, *Paisatge* (2003), madera, algodón y fibras de seda.



«El textil está ligado a la vida humana en todas sus etapas, nos cubre, nos protege y nos identifica». Josep Grau-Garriga



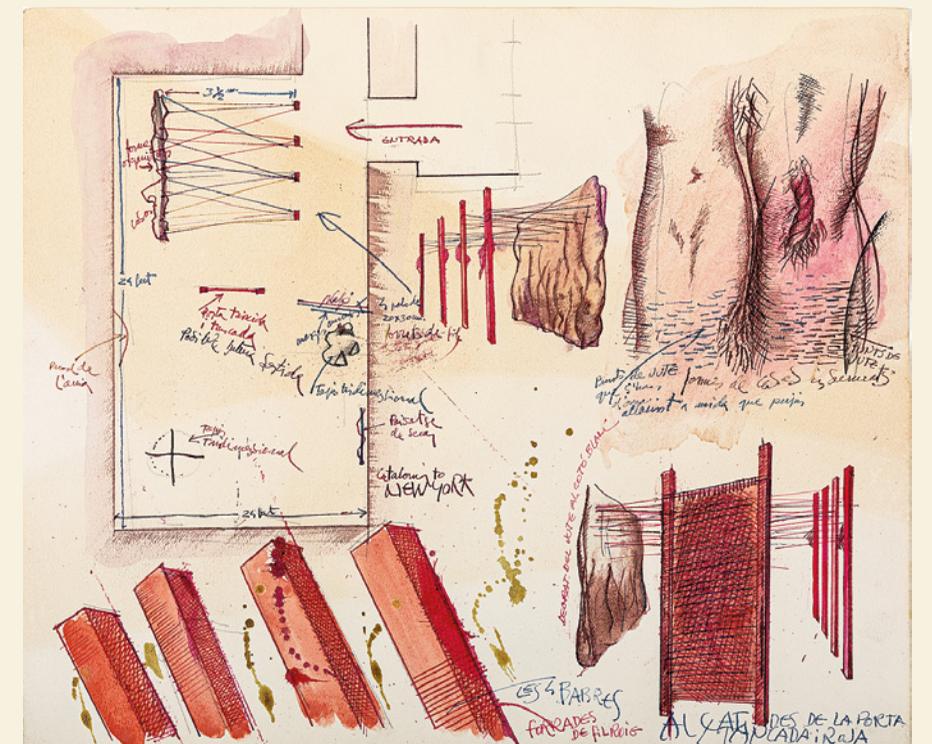
Fue el gran renovador del tapiz europeo, el que abandonó los dibujos en cartón para tejer, el que incorporó materiales rudos como el yute, el esparto o incluso el plástico, el que hizo de la luz un elemento central, colándose entre los huecos de los hilos, el que abrazó la tridimensionalidad en sus piezas. La obra de Josep Grau-Garriga (Sant Cugat del Vallès, 1929 – Angers, 2011) es un relato alternativo a la práctica clásica del tapiz y tiene que ver con conceptos como lo táctil, el volumen y el peso, por un lado; y por otro, el lugar, la política y las emociones. “Fue convirtiendo el tapiz en algo más matérico, escultural, entró en la ecuación la relación con el espacio, el diálogo”, cuenta Esther Grau, su hija mayor.

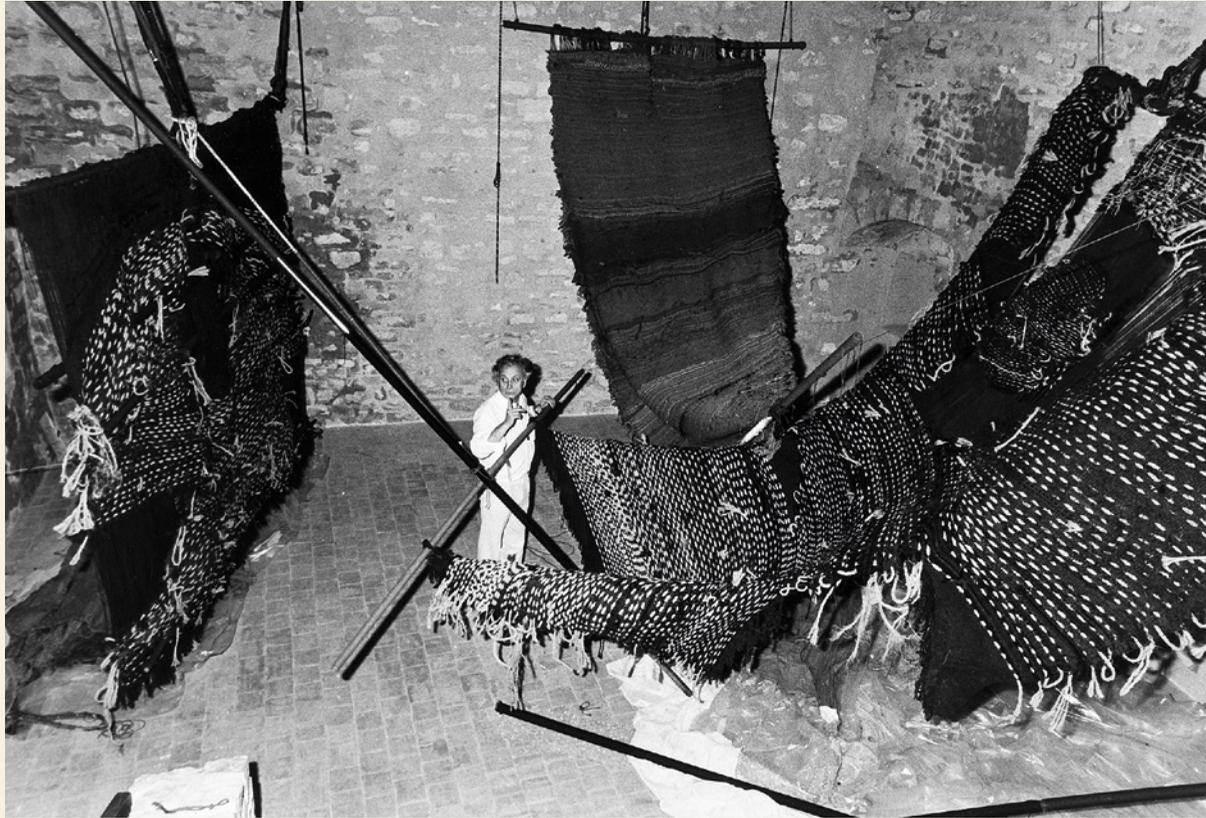
Las suyas son piezas enormes y monumentales, expresivas, con un fuerte componente pictórico y en las que la gravedad tiene mucha importancia, pues cuando están suspendidas, el peso del material tira de sí mismo, resaltando la verticalidad y las líneas de las cuerdas de colores. De alguna manera revolucionó esta disciplina: de estática a dinámica, activa, impregnada de movimiento. Lo hizo en el contexto de la España franquista y viniendo de una familia payesa y republicana que sufrió mucho durante la posguerra. El contacto con la naturaleza, tan importante a lo largo de toda su carrera, le hizo descubrir su vocación por el arte. Con 12 años comenzó a hacer de pastor y en esas salidas por la sierra de Collserola dibujaba plantas, animales, insectos, pasaba mucho tiempo al aire libre.



“Creció en relación con los cambios estacionales, con la recogida del grano, con el trabajo de la tierra, todo esto lo vemos en su obra. Él siempre decía que era pintor, porque empezó pintando desde muy pequeño y nunca lo abandonó”, explica su hija. Se formó como artista en la Llotja y luego en la Escola Superior de Belles Arts de Sant Jordi, ambas en Barcelona, y estrenó su carrera profesional en los años 50 pintando frescos de iglesias, como la ermita de Sant Crist de Llaceres en Sant Cugat. “Mi padre siempre hablaba de los sacos de grano en su casa, las arpilleras, las sába-

Proyecto para el *environment* efímero realizado en el contexto de la exposición *Catalonia to New York* en Arras Gallery, 1976. Arriba, dibujo *Sin título* (1978). En la otra página: *Sans titre* (1974), madera y cuerda.





«Las artes se han apropiado del textil, por supuesto, pero creo que sus posibilidades están aún por explorar». Josep Grau-Garriga

nas apedazadas por su madre, verla coser... Todo lo sensorial le llegaba mucho: el tejido y sus texturas, como la tierra y los olores. Era una persona de una gran sensibilidad», prosigue Esther.

En 1957, el empresario Miquel Samaranch, que había comprado la fábrica de alfombras Casa Aymat, le encargó a Grau-Garriga la dirección artística con la intención de revitalizar la empresa. Samaranch le financió una estancia en Francia para que pudiese aprender del célebre Jean Lurçat la técnica que empleaba en los tapices. A su vuelta, puso en marcha sus aprendizajes y desde allí colaboró con todos los artistas catalanes del momento: Tàpies, Miró, Subirats, Tarrach... Pero también empezó a innovar y a crear su propio lenguaje, sentando las bases de lo que se ha denominado la Escuela Catalana del Tapiz.

Aquí es cuando incorpora nuevos materiales, más vinculados al pueblo, menos selectos, como la cuerda o el hilo metálico. También empieza a dar volumen al tapiz y a sacarlo de la pared. Abandona la rigidez y la bidimensionalidad, por eso sus piezas textiles a partir de esta década se caracterizan por una técnica liberada, crecen en formato y ocupan el espacio en el que están instaladas. También se revestirán, más adelante, de un valor simbólico, con objetos vinculados a su vida diaria personal y



Tapiz *Stendhal* (1988). En la otra página, arriba, *environnement Vell estendard* d'aquí en el claustro del monasterio de Sant Cugat del Vallès, 1985. Abajo, el primer *environnement Clotet éphémère*, Galerie La Demeure, París 1970.

«Las obras tienen muchos secretos, pero es muy difícil explicarlos».

Josep Grau-Garriga

profesional como trozos de tejido de la fábrica, prendas viejas de familiares o recortes de periódicos. “Sus obras son depositarias de sus propias experiencias, de vivencias personales y de emociones, tanto de vínculos como de su pasión por la naturaleza o de aspectos ideológicos”, apunta Esther.

A lo largo de su vida, Grau-Garriga combinó la creación textil con la producción artística en otros medios, en especial pinturas, dibujos y collages que ilustran su constante experimentación y las preocupaciones materiales siempre presentes en su obra. “El textil lo usó siempre e incluso lo incorporó a otros soportes porque le evocaba aspectos emocionales muy cercanos, le servía para decir lo que quería decir, lo que le salía, con él representaba los afectos”, dice su hija. Otra de sus facetas, menos conocida, son lo que él llamaba los *environaments* (adaptación de la palabra en inglés, *environment*): grandes instalaciones en lugares diferentes en las que, siempre rodeado de gente, estudiantes o colaboradores, reivindicaba o ensalzaba algún acontecimiento u hecho político. Para protestar por la construcción de una pista de esquí en las montañas

de Vermont (EEUU), en 1976, o para conmemorar los 200 años de la Revolución Francesa en el castillo de Angers, Francia, en 1989: Josep desplegaba sus telas y llevaba a cabo una suerte de performance que combinaba una parte muy creativa y espontánea con otra muy preparada y documentada. Algo así como reuniones, experiencias, rituales, creaciones colectivas donde se desarrollaba una reflexión, además de perseguir un logro artístico.

En 2019 se inauguró en su ciudad natal la renovada Casa Aymat con el nombre Centre Grau-Garriga d'Art Textil Contemporani, sede permanente de gran parte de sus tapices, que también están en el MACBA (donde recientemente ha tenido lugar la exposición *Diálogo de luz*), en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, en el Museo de Arte Moderno de París o en el Museo de Arte Contemporáneo Internacional Rufino Tamayo de México D.F., entre otros. Murió de forma repentina con 82 años de un ictus. “Dejó muchísima obra y muy dispersa por el mundo. También una pieza inacabada, un gran vitral enorme en la iglesia del pueblo donde vivía, la Puerta de la Paz”, concluye Esther.



Grau-Garriga en 1977.
Tapiz *Diptic*, 1980.



FOTOS: ARCHIVO DE LA FAMILIA GRAU-GARRIGA, MACBA, SALON 94, MICHEL SOSKINE, SABRINA AMPRANI



Papers de consum (1975), acrílico, aerosol, tèmpera, folletos, recibos de compra, entradas de teatro y bolsas de café sobre papel.